LA COPA DEL REY DE THULE

(1898-1900)

«O RINNOVARSI O MORIRE»

GABRIEL D'ANNUNZIO

OFRENDA

Si penas y dudas olvidar ansías,
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fué cáliz de besos en noche de orgías.

Hoy es santuario de las Musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta;
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías!

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

LOS CREPUSCULOS DE SANGRE

Á JUAN R. JIMÉNEZ

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,
á las luces moribundas y sangrientas
de la tarde que se apaga;
él, mirándose en los ojos de la virgen soñadora,
y ella, oculta en negros tules, ojerosa, triste y pálida,
por la senda más florida
del jardín de la Esperanza,
bajo un palio de rosales, de jazmines,
de laureles y de adelfas,
el Poeta
y su musa favorita, la que tiene la tristeza
de la luna en la mirada,

lividéces sepulcrales en las húmedas mejillas
y jirones de tinieblas en la obscura
cabellera destrenzada,
silenciosos atraviesan,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas!...

A su paso, como besos lujuriosos
de unos labios de escarlata,
triunfalmente se entreabren los claveles,
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,
los laureles que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:
«El sol vierte en nuestras venas
los ardores tropicales de su sangre epitalámica.

Florecemos en los labios que se funden en un beso
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada!

Somos himnos luminosos y triunfales
en las rojas epopeyas;
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;
tibia lluvia de rubíes que enrojece
las guirnaldas de la novia;
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales,
donde duermen las princesas y las reinas encantadas!
Reflejamos en la sangre de los vinos
— de los vinos que enloquecen —,
el incendio lujurioso que devora nuestras almas,
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo,
el fulgor de nuestras llamas!

¡Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos
ondulantes de tu amada!... —»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:
«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la Luna,
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Florecemos en el velo vaporoso de las vírgenes;
á los cisnes les prestamos su blancura inmaculada,
á los reyes el armiño de las túnicas triunfales,
y á Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara!

Somos níveas mariposas que entre flores aletean;
en los cielos azulados pasajeras nubes blancas;
hostia mística en los cálices
que en el templo se consumen;
apagados resplandores en el mármol de la estatua,

y en los días luctuosos del Invierno taciturno,
blancos copos de la nieve que desciende
silenciosa y solitaria!

Nos abrimos, al incendio de unos labios febricientes,
en los senos palpitantes y desnudos
de la joven desposada,
y á la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos
le servimos de mortaja!...

¡Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos
ondulantes de tu amada!... —»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:
«Nos alzamos en las cumbres,
donde anida el Sol y el águila,

y palpitan las estrellas fulgurantes de la Gloria...
En las rojas epopeyas somos palmas
que arcos tejen, cuando alegres,
entre vítores y aplausos,
relinchando los corceles, y desnudas las espadas,
los guerreros victoriosos
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas
vencedoras del Olvido,
y en la frente de los nobles paladines
florecemos como triunfo de inmortales esmeraldas!

Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...
El mar besa con sus olas rumorosas nuestras plantas,
y los rudos huracanes,
que deshojan las florestas, acarician
con sus dedos temblorosos
nuestra verde cabellera destrenzada!

Ven, poeta,
y eterniza con un ramo de laureles
la hermosura pasajera de tu amada...»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:
«Nuestras flores son sangrientas
como carnes desgarradas
á mordiscos lujuriosos.
Florecemos con la fiebre...
Entonamos en el hacha
reluciente del verdugo la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio...
las serpientes que enrojecen nuestras almas...

Alumbramos los obscuros calabozos,
donde ruge la Locura,
y las celdas solitarias
donde en místicos espasmos, las histéricas novicias,
de lujuria se embriagan
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...»
Y el Poeta
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen, triste y pálida,
florecieron las adelfas...

.....

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres...

.....

Los claveles, los jazmines, los laureles,
las adelfas, se agitaron;
y sus hojas, arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias,
lentamente, lentamente, como frágiles visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

.....

En un lánguido martirio de oro y púrpura
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas...

Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubíes desgranaban...

MEDIOEVAL

Á ÁNGEL GUERRA

Bajo dosel de púrpura, que el sol poniente besa,
con sus dedos de nieve, la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

— halcón con garras vírgenes—su enfermera Fantasía
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la cándida aurora
de sus ojos un ángel nostalgias de Azul llora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...

Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.
En la liza piafan los fogosos corceles

que impacientes escarban con sus cascos la arena...
La trompeta de oro del Heraldo resuena...

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,
invaden el palenque los bravos caballeros

que á enamorar vinieron de lejanos países
á la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte,
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

De su casco brillante sobre el oro bruñido
el alma de los cisnes las alas ha extendido,

y el Amor en su escudo á recitar se atreve
una canción de lirios sobre un campo de nieve.

En un corcel alado más rojo que el Deseo
cabalga la romántica figura de Romeo.

En su fulgente casco de plata, brilla inquieta
la rubia cabellera de la ideal Julieta;

y en su escudo, que sangre de claveles colora,
agoniza la alondra en un beso de Aurora.

Rugiendo de coraje, como león en celo,
sobre un corcel de Arabia la lanza esgrime Otelo.

Está de celos loco... Está de espanto mudo,
y en la profunda noche que circunda el escudo,

con un arpón clavado en la nieve del anca,
bañada en sangre expira una gacela blanca...

.....

Vibró el trueno de oro de lejanos clarines.
Temblaron en sus sillas los bravos paladines...

Y tras negro escudero, que sus hazañas nombra,
en un corcel salvaje que apacentó la Sombra,

calada la visera, y desnudo el acero,
penetra en el palenque un Negro Caballero.

Sobre el casco abre el cuervo las alas tenebrosas
y en su escudo aletean dos negras mariposas...

.....

Al Negro Caballero vencedor proclamaron.
En los amplios salones del palacio brillaron

las joyas y las ricas armaduras de oro.
Rima cantos nupciales el órgano sonoro.

Junto al tálamo regio de azahares y rosas,
los amantes enlazan sus manos temblorosas.

— Mirar tu rostro ansío... Besar tus labios quiero! —
murmuró la princesa —. Y el Negro Caballero

con ruda mano alzóse de pronto la visera...
¡Y floreció la Risa en una Calavera!...

FLORES DE ENSUEÑO

Á MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura
del rico lecho de marfil y sándalo,
el Angel del Pudor vela su sueño,
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño azul: El Hada de la Dicha
desciende de los cielos en su carro
— un gigantesco cáliz de magnolia
por dos gallardos cinifes tirado —
y la conduce á los floridos bosques
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios, que son rostros
de rubios serafines; en sus lagos,
eternamente azules, bogan cisnes
de nieve y de ilusión; rima sus cantos
el ruiseñor en la frondosa orilla;
los cien ojos floridos de su manto
abre el pavo real con regia pompa;
y enmedio del jardín alza un palacio
sus altos muros de marfil y oro,
por dragones de fuego custodiados,
donde las magas del amor preparan
sus venenosos filtros encantados,

y las princesas de los viejos cuentos
mueven la rueca, su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta,
á la luz moribunda del Ocaso,
contempla los fulgores que despiden
las ricas joyas del collar de Fausto.

Y siente que sus párpados se cierran
y los besos florecen en sus labios...

Y ve cómo entreabre su corola
á las bruscas caricias de un abrazo
— hostia sagrada en el altar de Venus —
un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,

por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida, como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,

dormida está. De pie, en la cabecera
del rico lecho de marfil y sándalo,
descorriendo el purpúreo cortinaje,
Satanás ríe, y á sus pies postrado
el Angel del Pudor, suspira y llora
con la cabeza oculta entre las manos.

EPITALAMIO

Á LUIS BERISO

A las luces espectrales de las pálidas auroras,
recitando misteriosas letanías,
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías
de las Horas.

Enlazadas de las manos cruzan lentas
cual fantasmas sepulcrales que caminan al osario.

Gime el viento entre los pliegues
de sus túnicas sangrientas.
Lanza el buho en los cipreses su responso funerario.